

# MIRADORES DE MARÍA ZAMBRANO\*

ADOLFO CASTAÑÓN



Hubo una época en que algunos profesionales se preguntaban si lo que hacía María Zambrano era realmente filosofía, una época no tan lejana, según recordó José Luis Aranguren en 1983, en el seminario sobre María Zambrano realizado en Almagro.<sup>1</sup> Aquellas interrogaciones sobre España y la verdad de sus sueños ¿formaban parte de un sistema de ideas o eran poesía, fantasías ensayísticas? Quienes esto pensaban solían ser profesores a quienes la lección vital y filosófica de Ortega había dejado muy poco y hacían con la discípula lo mismo que con el maestro, elogiar al escritor para despreciar al filósofo, para seguir el pensamiento expuesto por Alejandro Rossi.<sup>2</sup> La de Zambrano sería, así, una filosofía para escritores y su pensamiento, poético e inasible, participaría de la prestidigitación que cautiva a los espectadores con sus manipulaciones etéreas. Otra variante de esta misma actitud sería aquella que reconoce en María Zambrano, más una voz que un pensamiento, un estilo personal y no una nueva visión intelectual. Contra esa visión, Octavio Paz alerta: "En esos momentos de verdadera inspiración, la voz de María se transfigura. No sé si lo que dice esa voz es filosofía o poesía. Tal vez ni la una ni la otra: la voz de María nos habla, sin decirlo expresamente, de un estado anterior a la poesía y a la filosofía. Entonces, por un instante, las formas que vemos son los pensamientos que pensamos."<sup>3</sup> Esta situación paradójica llama la atención sobre uno de los rasgos singulares de esta obra que se teje incesantemente entre la historia y la tragedia, la poesía y la filosofía, la confesión y la guía, y que ha sabido constituirse en uno de los pasadizos subterráneos que permiten transitar, ir y venir, del interior hacia el exterior de la ciudad sitiada de la cultura, enriqueciendo clandestina y a la par francamente lo decible con lo innombrable, con lo que está más allá, debajo, sublime, del límite. Ese rasgo, admitiría diversos nombres, soportaría adjetivos, definiciones. Lo llamaré, para darne a entender y a riesgo de simplificar, valor. Se distingue María Zambrano por su valor, por la audacia y firmeza, la templada y serena resolución, la respetuo-

sa y atenta delicadeza con que ha sabido seguir y dibujar en la pauta filosófica los movimientos de su propia sombra inspirada. Esa sombra en obra que se dibuja al paso de su voz por la palabra. Esa silueta movidiza de la otredad y el delirio, de la poesía, el sueño, la música, el descenso a los infiernos del espíritu, y demás naufragios de la razón que ella decide desde muy joven, orteguianamente, salvar. Tal vez valor no sea la palabra para comprender esta virtud, aunque deba concederse que se da ahí una fuerza, una soberanía intelectual que resulta tanto más admirable en la medida en que, en un primer momento, esa razón parece ponerse a sí misma entre paréntesis. Una razón suicida o dispuesta al suicidio si es preciso, al sacrificio, para usar una de sus voces, con tal de salvarse y rescatarse, íntegra, en su luz y en su sombra, en su claroscuro. Una razón desvelada por habitar con el pensamiento "la penumbra tocada de alegría".<sup>4</sup> Una razón que no se contentará con dar y comprender la cara sino que exigirá comprender —es decir abrazar— el cuerpo a efecto precisamente de que la filosofía no quede en idea, la voz en palabra, para que las voces que oímos, "las formas que vemos" sean también, de nuevo Paz, "los pensamientos que pensamos". Una razón poética y mediadora capaz de arbitrar para "conducir lo divino que hay en mí a lo divino que hay en el universo", palabras de Plotino al morir que aparecen como epígrafe de *El hombre y lo divino*. Otra palabra para definir esa virtud sería lealtad, la fuerza, la poderosa confianza con que María Zambrano sigue un camino y obedece las metamorfosis que este le impone. Ahí la fidelidad supone el valor pues la atención, el cuidado de lo irreductible —la sombra, el sueño, el delirio— exige a su vez una reducción de la razón a la atención, de la inteligencia a la sensibilidad intelectual, de la reflexión a una auto-observación implacable, cruda, a veces cruel. ¿Para qué enfatizar el carácter trágico de una empresa como ésta —empresa en el sentido renacentista de la palabra, es decir, hazaña— que gravita en torno al pozo del sacrificio voluntario? Ella misma la define así:

\* Ensayo leído en el II Congreso Internacional sobre la vida y obra de María Zambrano, celebrado en Vélez-Málaga, en noviembre de 1994.

Vitalidad... vida verdadera, ¿qué diferencia había entre ellas? Vida verdadera, sí; era lo que ella quería, sin atreverse a llamarla así, buscándola tan solo. Y por ella había renunciado hasta a la

Filosofía, había renunciado a todo proyecto; había aceptado de ratz, el estar aquí. Lo demás vendrá por añadidura. "Aquí es, son las circunstancias". "Yo soy yo y mis circunstancias" había leído hacía algún tiempo en *Las meditaciones del Quijote* libro de Ortega que se publicara allá por el año catorce. Ahora sentía haberlo comprendido, cuando se hacía una decisión; estar aquí, aceptar las circunstancias, los tiempos múltiples y confusos; aceptar eso también, "la confusión de los tiempos", con voluntad de aclararlos; se iría aclarando en la vida, si se era leal. Aceptar las circunstancias, ¿no es cuestión de lealtad también? Lealtad que el mismo Ortega ha llamado "autenticidad", la verdad de la vida, la vida en verdad, una verdad modesta, en una verdad moral, de la que podemos responder. Y a eso quería ceñirse, aquello de que pudiera responder; afrontaría pues la vida, su propia vida, tal como aquí y ahora se le daba. La aceptaría: sí, más no la limitaría de antemano trazando un círculo; no, no crearía ella las circunstancias, ni las empujaría amputando algún tiempo de los múltiples que se le habían presentado, amputándose ella misma en aquello que había vivido "auténticamente". ¿Acaso se es culpable de que en medio de la vida, del tiempo de la vida se deslicen instantes del tiempo de la muerte? del morir más bien, pues "muerte" es ya lo cumplido, lo inaccesible; pero morir no, morir bien puede ser aquí y ahora en la vida. Porque se sentía llena de aurora.<sup>5</sup>

María Zambrano —insistamos— ha tenido la audacia intelectual de situar la cuestión de la filosofía en terrenos poco frecuentados hasta hace poco por el pensamiento sistemático —el alma, el despertar, el sentimiento, los sueños, la piedad, los dioses—, terrenos de hechos vedados, ilegítimos desde el parecer del más intransigente positivismo. Sin embargo, debe admitirse también que esa operación se ha hecho a partir de la invención de un idioma filosófico, de una constelación conceptual y de un repertorio, de un vocabulario donde las palabras se cargan de un sentido nuevo. Está en obra una depuración conceptual —una purga— que va en sentido inverso a la tradicional practicada por el positivismo lógico. Por ejemplo, la aurora de María Zambrano trasciende desde luego la descripción del diccionario, retoma y profundiza los sentidos de las auroras de Nietzsche y de Jakob Böhme para instaurarse como una categoría precisa en el análisis del despertar de la conciencia. En cualquier caso, salta a la vista y al oído que este pensamiento trabaja más con la poesía que con la literatura, con la experiencia artística originaria y aún más con la mística dejándose al mismo tiempo trabajar por ellos. De hecho, la empresa de María Zambrano no sería concebible sin una metafísica de la expresión, para recordar en otro sentido la fórmula de otro filósofo discípulo de Ortega, también desterrado de España, Eduardo Nicol. La historia de la evolución de los géneros literarios, la filosofía como género, los géneros que ha creado o asumido el conocimiento filosófico, en fin, las formas de la experiencia intelectual y espiritual

constituyen algunos de los temas —iba a decir métodos— de que echa mano este pensamiento. En el mismo orden de ideas, las preguntas en torno al sentido del lenguaje se imponen a él como una de sus condiciones. Un pensamiento que no pasa por alto los hábitos que ha asumido al escribirse, que no cae en la trampa de soslayar las trampas que el lenguaje le puede tender a la filosofía, no podía desentenderse en modo alguno de la conducta de la mente, de la ética de la vida intelectual y contemplativa, de la ética del nombrar, de la ética sin más. Si el pensamiento avanza enmascarado, como exige la divisa cartesiana, entonces avanzar hacia él es desenmascararlo, adentrarse en los disfraces sucesivos con que nos fascina. Fijar las condiciones de la aparición verbal y literaria del pensamiento, hacer la historia y la crítica de esa literatura que son los géneros filosóficos, definir cómo aparece y se manifiesta el pensamiento, lleva a María Zambrano no sólo a un ejercicio de historia y crítica sino también al conocimiento de sí misma, a ese pensamiento que no se da ni en los libros ni en la experiencia, sino sólo *entre* ellos. La cuestión aparentemente técnica del significado de los géneros en filosofía, no es en modo alguno irrelevante y tiene, es más, un sentido ético. Si la verdadera biografía de un filósofo es su filosofía, si la clase de filosofía que elige depende de la clase de hombre que sea, no sabríamos aproximarnos al pensamiento de María Zambrano si nouviésemos en cuenta esta preocupación por asociar géneros y formas de vida, expresiones y experiencias. "Y así se hace visible el problema de la expresión filosófica, de sus modos y formas originales. La cuestión de los géneros literarios propios del pensar filosófico, la rica diversidad formal en que se ha vertido dicho saber, que va del diálogo al sistema, del tratado breve a las proliferas investigaciones necesita ser analizado. Cada una de estas formas tiene su tiempo, su ritmo propio (...). Lo primero que sentimos al leer *El discurso del método* y *Meditaciones cartesianas* es que ha cambiado el ritmo del pensamiento, y ese otro más íntimo e inefable, el ritmo que podríamos llamar del corazón, que las crisis ponen al descubierto en su delator sonido y que normalmente no se percibe: constante fondo sobre el que destaca la voz de lo inteligible".<sup>6</sup>

Pero si el pensamiento aparece en la palabra se manifiesta, mucho antes, como un proceso y como una acción —el rumor de la psique, el baluceo del alma— y más característicamente se puede comparar con el despertar. El despertar de la conciencia. Una buena parte de la obra de María Zambrano apunta hacia ese despertar, y acaso una manera de leerla sea justamente a la luz de una fenomenología del nacimiento de la conciencia —en la historia de la filosofía y en la historia de la sociedad española, en los personajes emblemáticos del ser español y en la experiencia personal así biográfica como filosófica. Pero más allá de la historia ¿cómo se

da el despertar? ¿Qué lo precede y provoca, qué lo engendra y qué lo inhibe, qué lo acompaña? En la exposición, se da tomando en serio, tomando a la letra las trampas que el lenguaje le tiende al pensamiento, acosando los lugares comunes y obligándolos muy heideggerianamente a confesarse, buscando restituir la cábala dispersa en la tradición popular. De poco sirve enfrentar el mediodía de la conciencia, interrogar el pensamiento en su cenit para dibujar su órbita —pues ya se sabe que se pueden conocer mejor los movimientos del sol observando de noche las estrellas—: el pensamiento en su punto más alto puede medir nuestra sombra, dar a conocer la silueta que el cuerpo proyecta. Pero el descubrimiento de la órbita, el conocimiento de la extensión de cada día exige sobre todo una observación metódica de la aurora y del ocaso, del amanecer y de la caída del sol. De *El hombre y lo divino a España, sueño y verdad*, María Zambrano ha consagrado una buena parte de su obra a observar la aurora del pensamiento, el alba que precede al despertar y al nacimiento. Esa aurora —sobra decirlo— es un estado interior, un momento decisivo de la intimidad consciente, que si bien desemboca en el día abierto de la claridad racional, nítida e inobjetable, proviene de la noche oscura del sentido, de la noche oscura del alma.

María Zambrano se encamina *Hacia un saber sobre el alma* por tener la certeza de que el puesto de la razón en la vida del hombre no puede ser definido si no se conoce en su conjunto el firmamento espiritual del que esa razón forma parte. Un firmamento hecho de dioses, de piedades antiguas, de héroes y de mitologías de los que el ser humano ha tenido que desprenderse dolorosa y desgarradoramente a lo largo de su historia. Un firmamento también hecho de pasiones, de cuerpos opacos y, más aún, cargado de nubes, vientos y tormentas, preñado de sombras del pasado, de muertos vivos en la memoria y de seres sepultados en vida en el muro de la historia. La exploración de esa noche exige desde luego un método, un orden en los pasos. No es éste el lugar de definir el método, sólo digamos que se confunde con el camino y éste a veces con la voz del guta. Un método-camino a la vez filosófico y religioso, un camino de sabiduría. Cabe recordar aquí la forma en que María Zambrano ha hablado de su vocación y de ese llamado inapelable al que la convoca la filosofía y que tres veces —tantas como el Apóstol negó a Cristo— intentó eludir hasta aceptar. La vocación filosófica de María Zambrano se presenta como una vocación trágica ya que en ella se reclama obediencia simultánea a dos palabras irreductibles —la palabra-susurro, la palabra-balbuceo, la de un inasible y sagrado que inexpressable y la geométrica y sistemática de un pensamiento condenado a la deducción, al acoso racional. Esa divergencia entre el fervor y la inteligencia crítica, la fe y una muy delicada sensibilidad analítica enfocada

a la vida de la mente y a la psicología del conocimiento no racional se habrá de reconciliar en una razón poética a cuya fundación su obra apunta. Esa razón poética es por definición una razón limitada, es decir que nunca pierde de vista su origen y que se circunscribe siempre a ciertos datos de la experiencia para buscar con esos tres elementos un camino que es un método que es una forma de composición y hasta de respiración. De ahí que la vocación filosófica de María Zambrano se defina sobre todo como un estilo de vida que responde a una ética del pensamiento no formal, no sistemático. De hecho, acepta su vocación filosófica cuando descubre gracias a Xavier Zubiri que las *Categorías* de Aristóteles no representan para ella una revelación fulgurante sino otra forma "de lo que siempre ha sido mejor para mi pensamiento: la penumbra tocada de alegría". Razón poética, razón de la penumbra alborozada.

Por lo pronto, podemos convenir en que ese método sigue los caminos del corazón: hacia el interior y hacia el exterior, hacia la vida inenunciable y hacia la historia, pero siempre con la tendencia de apurar la energía hacia el interior para luego hacerla circular. ¿Qué dice la metáfora del corazón? Este movimiento de retraimiento y dispersión sugiere hasta qué punto la fuerza de esta reflexión está fundada en el equilibrio entre el logos y las entrañas, en el equilibrio como punto de apoyo pues aun cuando se enfoca en el espacio abierto de la historia, desnuda a los símbolos y a los signos para hacer manifiesta su vida latente. No sorprende por ello la atención, el delicado y tenso esfuerzo por extraer de las creencias en que se arraiga la vida la luz de las ideas —por desentrañar el principio de esperanza palpitante en la vida— por buscar la palabra que "es la luz de la sangre". Entonces, nada más natural y más consonante con su vocación filosófica, con la vocación que la invita a pensar y a preguntarse que sea precisamente en la historia de la cultura —de la cultura española en que se manifiesta su pensamiento— donde María Zambrano alcance algunos de sus atisbos más incisivos. Pues es tal vez en ese terreno peligroso para la filosofía (en la historia de la cultura, desde el testimonio personal hasta la intrahistoria) donde este pensamiento que gravita en torno a lo sagrado en la historia exhibe su carácter sacramental y su nobleza dejando expuesta a la vista de todos la condición, la caridad medicinal de la filosofía. Una filosofía digna de su nombre, es decir resuelta a curar no tanto las heridas producidas por la guerra y por la violencia, como resuelta a curar la enfermedad del dogmatismo, presente y pasado, a reformar si es preciso la tradición. En la vida, el pensamiento no aparece como un pensamiento puro: aparece plasmado en símbolos, incorporado a la imaginación en forma de figuras mitológicas. Cuando la ascesis conceptual del pensamiento llega a ser considerada, padecida como una enfermedad, ello

significa que la filosofía ha vuelto a su origen y que el momento en que se divorció de la poesía debe ser reconsiderado. Ese punto de partida que distanciaba a la filosofía de la poesía y que las definía a ambas en el curso de la historia es precisamente el punto de partida de María Zambrano, la penumbra inicial, la iniciación de lo que ella llamará "el camino recibido". Un punto peligroso y arriesgado, un camino que se tiende por el filo de la navaja, un lugar intelectualmente desierto y vitalmente incómodo, inhabitable casi y para morar el cual ha sido preciso forjar una razón abierta a la verdad del sueño, fundada en las razones del alma. Un camino arduo pero que lleva a dar realidad terrena y cordial, histórica, a esa sustancia inmaterial que ha recibido el hombre en la palabra.

"El pensamiento de María Zambrano es verdaderamente un pensamiento poético", dice el ya citado José Luis Aranguren, y con ello quiere decir que en él interesa tanto lo que dice como la forma en que lo dice. Es un pensamiento que no admite la disciplina filosófica académica pero que en cambio se impone, disciplina al lector obligándolo a una forma de ser. En el principio de la filosofía de María Zambrano está el verbo, y ello de una manera muy literal. Considérense por ejemplo, el número de veces que en sus diversos libros y en particular en *Claros del bosque* se inicia un párrafo o fragmento con un verbo. "Es profeta el corazón..."; "Centellean en las noches del ser, a través de la claridad de la conciencia que no la disipa, signos del reino de la matemática". Otro rasgo estilístico de este lenguaje es su uso intensivo del presente del indicativo. Rara vez María Zambrano, salvo cuando es estrictamente necesario, usa otro tiempo. En tercer lugar, llamemos la atención sobre el carácter substantivo de un idioma donde adjetivos, epítetos, adverbios y atributos se reducen también a un mínimo produciendo un lenguaje de una singular materialidad, una expresión substantiva. Por estos tres rasgos podemos decir que la de María Zambrano es una palabra activa, que nace y hace nacer con el verbo; una palabra del presente y de la presencia para la que el tiempo es una ficción, una variedad del sueño; una palabra, por fin, substantiva. Es también una palabra desnuda en la que la subjetividad se reduce a los datos empíricos inmediatos y es transformada, elevada a la condición objetiva de un sentir ya no individual sino genérico. Las circunstancias que se empeña en salvar la razón poética de María Zambrano son en primer lugar las más inmediatas de la vida y de la conciencia —el sueño, el despertar, el nacimiento. Su salvación se dará a través de una fenomenología de la experiencia consciente a la cual se asocia una práctica que es quizá una de las mayores originalidades de María Zambrano: la de restituir vida y sentido a ciertas figuras y corrientes de la cultura y, más particularmente, de la religión. Es la forma en que María Zambrano res-

tituye como dice Lezama Lima "la raíz sagrada de la conducta".

\*

Al situar su pensamiento en el horizonte de la agonía de Europa, María Zambrano se ubica en un momento anterior a la aparición de la filosofía. Su examen de la condena aristotélica de los pitagóricos en *El hombre y lo divino* —examen que por cierto tiene no poco en común con el que practica el mexicano José Vasconcelos en *Pitágoras: una teoría del ritmo*— la sitúa espontáneamente como una pensadora pre-socrática. Esta situación —de obvia filiación nietzscheana y que comparte no poca de la filosofía contemporánea— no ha sido inventada ni es una construcción artificial. Es un dato, ha sido originada por la historia moderna y en cierto modo parece una conclusión que se reitera desde distintos puntos de vista en el discurso filosófico y moral del siglo XX: de Ortega, Spengler, Berdiaeff, Huizinga, Arendt y Landsberg a Díez del Corral, Eco, Foucault y Paz, veremos que el fantasma del fracaso de la razón recorre Europa. Y ese fantasma tiene una sombra: lo sagrado como recuerda Ramón Xirau.<sup>7</sup> La ilustración ha fracasado, la guerra nuclear pone en entredicho la noción misma de objetividad, con el hombre del siglo XX concluye el sueño utópico de la civilización y se inicia una Nueva Edad Media. Los hombres en estos tiempos oscuros ven caer las máscaras de la Historia, el Estado y el Progreso. El jardín de las utopías se ha transformado en basurero. La expansión de la tecnología demuestra que Babel era literalmente un sueño idiota standard y que la economía de mercado podía ser la máscara de nuevos feudalismos y los individuos materia prima, recursos humanos antes que personas. María Zambrano ahondará en la definición de estos tiempos oscuros recalando en primer lugar y coincidiendo así inesperadamente con Georg Simmel, la consistencia, la vocación trágica de la cultura en el mundo entero. Desde la Guerra Civil Española la historia de la civilización europea es muy precisamente una historia póstuma, y España un pueblo de estoicos según una de las voces recogidas en *Delirio y destino*. ("El suicidio, el suicidio histórico que creíamos haber conjurado lo llevábamos en nuestro destino.")<sup>8</sup>

Si occidente se ha suicidado lo que ha muerto más bien es una idea y una práctica de la razón y junto con ella la posibilidad de una trascendencia puramente intelectual y no plenamente humana, pero no, nunca la esperanza que el hombre tiene de distanciarse de las fuerzas que lo asaltan dentro y fuera de sí mismo, el anhelo que tiene el hombre de ser persona y dar lo mejor de sí —su promesa, su palabra— a la historia.

En estas circunstancias, el universo de la tragedia clásica cobra una vigencia inusitada, una fuerza expre-

siva que sólo se explica por el hecho de reflejar y dar voz simultáneamente al Fin y al Principio. La tragedia entre tanto, no sólo representa un universo original, no sólo es un género que permite establecer comparaciones o parámetros con el origen —histórico y fenomenológico— de la cultura. Es también una forma de creación de ese nuevo origen que anuncia la certeza del Fin pero, con él, la certeza de una forma, la figura de un sentido. En este contexto, la Antígona de María Zambrano —tan lamentablemente ignorada (lamentablemente para él) por el inglés George Steiner en su estudio sobre las Antígonas— cumple en cierto modo el papel de un manifiesto, de una carta a la vez abierta y cifrada. Si la Antígona clásica narra un suicidio personal que es una salvación solidaria, *La tumba de Antígona* de María Zambrano expone también un sacrificio. El sacrificio de la auto-compasión por la piedad. De algún modo, la Antígona se transforma en una metáfora de los saberes condenados, pues ella—la hermana menor— ha resuelto dar honra y sepultura a los saberes y tradiciones cuya expulsión del Panteón ha sido decretada por la Autoridad. Y es así que al visitar la iglesia de San Giovanni Diccolatto en compañía de Fernando Savater, la iglesia donde están sepultados todos los reos ejecutados por el Santo Oficio. María Zambrano pide se diga una misa por el alma de Giordano Bruno. El fraile se escandalizó un tanto y repuso con imprevisto acceso de erudición: "Pero creo que ese murió recalcitrante". "Pues precisamente por eso", insistió ella, y la misa se dijo.<sup>9</sup> No sólo es preciso salvar a los condenados; la liturgia misma precisa ser salvada de las condenas que la esterilizan. Salvar a Giordano Bruno es salvar a la religión. Rescatar las gúfas como forma de pensamiento es también salvar a la filosofía de la mutilación que representaría prescindir de ellas.

La razón poética no sólo ha de salvar a la poesía y su mundo; al recuperar la sombra se fecunda también la razón. Por motivos filosóficos, el evangelio prefiere un pecado arrepenido y no cien fariseos. El arrepenido, por experiencia, es un filósofo: *sabe*. María Zambrano nos sugiere que ese *saber* es la substancia primera de la filosofía.

\*

Libros escritos en y para la plenitud de la conciencia. En la escritura de María Zambrano se da un camino que va de la religión a la filosofía, a la poesía y aún a la biografía. Un camino con sentido, iluminado por el sentir pero también por una racionalidad más honda como aquella que nos gobierna antes e independientemente de la reflexión. Nos adentramos en sus libros como por un jardín, nos paseamos alrededor de sus capítulos y oímos brotar las palabras como agua en un surtidor, fuentes que van cantando, deletreando una

música más profunda que la cifrada en las palabras. Una música que se bebe con el oído interno de la conciencia y que hilvana las ideas, los hombres y el paisaje como cuentas y que ensarta a los dioses, la historia, la cultura, aun la naturaleza en el dorado hilo del sentido. ¿Qué es? ¿Es literatura? ¿Filosofía? ¿Poesía? ¿Es la palabra de María Zambrano la soberana toga pretexto con que se encubre una iniciación? Sí, un despertar. Después de un largo sueño, de olvidos vastos como continentes inexplorados y vírgenes, abrimos los ojos de la conciencia y nos devuelve el sentido a la sangre, la razón al sentido, la sangre al cuerpo. Como resucitar, como volver al hogar y a la patria, como volver a encontrar al Maestro, como caminar después de mucho tiempo de haber estado inmóvil, paráltico. Todo entra en circulación. Vuelve la sangre de las ideas al cuerpo de la política; vuelve el sentido del orden a la sangre de la historia pública y personal, vuelve la razón viva a la mente perdida en su delirio. Estos retornos no son sino una confesión de que hemos vivido hasta ahora —¿cuándo no?— en el sueño. Un sueño vacío impotente para engendrar, un encanto hechizo de la conciencia cautiva y ahora despierta por la presencia en movimiento de esa libertad —luz sin memoria— llamada Aurora.

A lo largo de más de veinte libros y de innumerables artículos, ensayos y prólogos aún dispersos y no recogidos en libros, María Zambrano ha seguido un camino que arranca de la filosofía, de la historia y de la historia de la filosofía y alcanza la fenomenología y la teoría del conocimiento pasando desde luego por la revisión crítica y lírica de personajes, lugares, obras y momentos de la literatura y la cultura moderna y contemporánea. Este itinerario que no avanza en modo alguno en línea recta sino siguiendo un movimiento espiral y concéntrico, y donde por así decirlo los núcleos o raíces problemáticos son ubicuos y se encuentran siempre presentes, se da paralelamente a una expresión literaria, a un estilo y a un repertorio de recursos retóricos y estilísticos sin los cuales aquella invención o descubrimiento de un paisaje intelectual y filosófico no hubiesen sido en modo alguno posibles. Pero entre ambos continentes o planos, alienta un hilo conductor que representa o resume la tercera lección, la triple herencia de María Zambrano. Me refiero, desde luego, a la dimensión ética de esta empresa que va en todo momento pidiendo cuentas al sujeto lector y al sujeto leído y que en todo momento sabe poner a la razón a la sombra de la conducta mientras ilumina, expone a ésta a la luz de su forma. Este contraste continuo de la cara conceptual con el cuerpo de la historia, de las pasiones con el trasfondo de lo sagrado, del gesto con el símbolo, hicieron saludar así a José Lezama Lima el envío de *El hombre y lo divino*: "Es, desde luego, mucho más que un breviario. Me parece muy bien la forma en

que asoma la eticidad trágica de su pensamiento: la piedad, la envidia, el delirio, adquieren desde su punto de vista una raíz divina, un brillo teológico. Desde ese viaje por las ruinas, usted intuye que lo más prodigioso es ser criatura, es ser hijo de Dios. Creo que en este libro usted despliega parte de la madurez que ha alcanzado su pensamiento. Como la frase de Pralino que usted recoge de "exigir el rostro", de contemplarlo, sitúa la razón misteriosa de esas pasiones de los humanos frente a los dioses, y de las que éstos tampoco quedaban exentos. La eticidad, y en una forma muy briosa, se ha liberado del imperativo como norma de conducta, de la idea puritana del deber para encontrar la raíz sagrada de la conducta. Su filosofía parece continuar en el diseño hierático de cada gesto, y en esta dirección donde también interviene la *dilectio* agustiniana, sus puntos de vista cobran esencial necesidad y gravedad." (La Habana, diciembre de 1955.)<sup>10</sup>

La eticidad como dice Lezama, la dimensión ética parece ser uno de los tiempos centrales en el camino intelectual de María Zambrano. Esa relación apunta al vínculo del sujeto con la historia, del protagonista con su propio cuento tanto como con el cuento de los demás, del saber con el lenguaje en que se expresa y de la expresión con la metafísica que se entrelínea en ella. Desde esa dimensión por ejemplo, comprobaremos que no se puede separar el comentario de la pintura —"cosa de otro mundo"— de los planteamientos en torno al problema de la representación y, más allá, que la contemplación forma, por así decirlo, o mejor, reforma el entendimiento y el carácter en la medida en que impone o auspicia una forma de ser pues *ver vale por ser*:

Oh, cristalina fuente,  
si en estos tus semblantes plateados  
dormases de repente  
los ojos deseados  
que tengo en mis entrañas dibujados

para citar los versos de San Juan de la Cruz que María Zambrano interroga y que, según José Ángel Valente, han dejado de ser asunto y tema de su reflexión "para convertirse en principios operantes activamente incorporados en sus últimos escritos, como es visible en algunos de sus ensayos de *España, sueño y verdad* y sobre todo en el contenido y entera estructura de *El sueño creador*.<sup>11</sup>

La ética como hilo conductor. Un hilo a la vez entrañable y consciente, una delicada sonda luminosa que va despertando de luz en luz, de voz en voz a las entrañas. Sí, la conciencia de lo entrañable, la iluminación de aquellos personajes invisibles de tan clásicos y en los que nos olvidamos, vivimos, sin pecarnos de que son ellos los que nos viven y de que somos los sueños de su creación. La crítica literaria asumirá entonces

en María Zambrano las dimensiones de una filología moral en la que veremos recrearse ante nuestros ojos la génesis de una experiencia —pongamos por caso la de la muerte a través de la comprensión de la forma en que aparece evocada en *Las coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique. Esta experiencia de la historia, de su oscuridad y dureza, se deletrea a través de su forma pues para ella serán sinónimos paralelos, género literario y forma de experiencia, método de conocimiento y método de experiencia. Rescatar las formas olvidadas o disminuidas equivale desde luego a rescatar ciertas experiencias, ciertos saberes cuyo enunciado, cuyo ritmo le es esencial a la razón poética y mediadora buscada por María Zambrano ya que será en ellos, a través de ellos, donde encontrará un pasado y un paisaje; equivale también a inscribir la soledad de su Aurora en una tradición, en una cadena, o teoría: *Aurora consurgens*. La revisión de la cultura hispánica que emprende María Zambrano ha de ser vista y oída como una reforma del entendimiento español, como una aventura de identificación de las formas de ser y sentir de la cultura española más substanciales para el nacimiento de una nueva razón. Naturalmente, esa reforma del entendimiento se planteará como una re-invencción de la memoria y de la tradición. Es por lo pronto una re-invencción moral y espiritual donde la historia sólo aparece, si aparece, como un alimento del espíritu y donde la voluntad épica se reduce literalmente a un sueño. María Zambrano descubre así una España *otra* donde la ética, la mística, la poesía, la pintura y la religión han creado formas comunitarias, culturas, ciudades del sentimiento complejas y elaboradas pero sobre todo aptas. La España invertebrada sería la que renunciara a esta compleja herencia que se han inventado los pueblos mediterráneos en la península ibérica. Pero el descubrimiento de la otra España es paralelo en ella al descubrimiento de la otra Europa y de la otra razón; la de los padres de la iglesia (San Basilio), la de la mística renana (Eckhart), la de la Grecia de Nietzsche y la de la Roma de los estoicos.

Pero lo otro lo es también los otros y en el caracol del destino personal resuena, incontenible, majestuosa, la canción de la historia. Así, según Jaime Gil de Biedma, "Habla María Zambrano" desde la Piazza del Popolo:

Fue una noche como ésta.  
Estaba el balcón abierto  
igual que hoy está, de par  
en par. Me llegaba el denso  
olor del río cercano  
en la oscuridad. Silencio.  
Silencio de multitud,  
impresionante silencio  
alrededor de una voz  
que hablaba: presentimiento

religioso era el futuro. Aquí en la plaza del Pueblo se oía latir —y yo, junto a ese balcón abierto, era también un latido escuchando. Del silencio, por encima de la plaza, creció de repente un trueno de voces juntas. Cantaba. Y yo cantaba con ellos. ¡Oh, sí, cantábamos todos otra vez, qué movimiento, qué revolución de soles en el alma! Sonrieron rostros de muertos amigos saludándome a lo lejos borrosos —¡pero qué jóvenes, qué jóvenes sois los muertos!— y una entera muchedumbre me prorrumpió desde dentro toda en pie. Bajo la luz de un cielo puro y colérico era la misma canción en las plazas de otro pueblo, era la misma esperanza el mismo latido inmenso de un solo ensordecedor corazón a voz en cuello. Sí, reconozco esas voces, cómo cantaban. Me acuerdo. Aquí, en el fondo del alma absorbo, sobre lo trémulo de la memoria desnuda, todo se está repitiendo. Y vienen luego las noches interminables, el éxodo por la derrota adelante, hostigados, bajo el cielo que ansiosamente los ojos interrogan. Y de nuevo alguien herido, que ya le conozco en el acento, alguien herido pregunta, alguien herido pregunta en la oscuridad. Silencio. A cada instante que irrumpe palpitante, como un eco más interior, otro instante responde agónico. Cierro los ojos, pero los ojos del alma siguen abiertos hasta el dolor. Y me tapo los oídos y no puedo dejar de oír estas voces que me cantan aquí dentro.<sup>12</sup>

María Zambrano habla porque su pensamiento es voz, voz que mira. Como ella misma dijo a Fernando Savater: “Ya sabes que yo soy filósofa de oído”<sup>13</sup> y ella —añade él— “filósofa de oído frente a la filosofía visual, teórica, de nuestra tradición sorda. La de María Zambrano quisiera ser como la de Diótima ‘una escritura de oído a oído’”<sup>14</sup> Y ella entonces, al seguir su pensamiento sigue su canción, medita pitagóricamente, según número y medida, sometiendo la verdad a la prueba del ritmo y la congruencia a la armonía. La canción de María Zambrano sigue con sus pasos mentales una palabra perdida, una canción enterrada, la de la ciudad dispersa, la de la comunidad unánime que al ser rota ha perdido el alma y la voz, el sentido, la canción. No fue ni gratuita ni accidental la acción civil, el paso por la Federación Universitaria Española. La Liga de Educación Social —disuelta por la policía en 1929— ni la participación en las Misiones Pedagógicas ni, ya en plena Guerra Civil, la acción en el Consejo de Propaganda o en el Consejo Nacional de la Infancia Evacuada. Pero su actividad en la guerra, siendo “moderada” fue, como ella misma dice, “intensa, implacable, como había sido mi vocación filosófica que sin duda estaba detrás de ella sosteniéndome”.<sup>15</sup> En el rumor de la obra, en el imperceptible sonido que recorre la construcción —para invocar a Kafka— se insinúa también el otro rumor enemigo, el de la historia:

Y me tapo  
los oídos y no puedo  
dejar de oír estas voces  
que me cantan aquí dentro.

como habla María Zambrano en el poema de Jaime Gil de Biedma y como deja entrever en el arrebato *Delirio y destino*.

La ética será entonces un ejercicio musical, un voto de obediencia al rumor que resuena en el origen de la historia y de los sentidos, un despertar a la música profunda del alma: pues, se pregunta en *De la Aurora* María Zambrano, “¿quién despierta en verdad al que sueña felizmente, al que ve o entrevé su propio destino, o al que ve más allá de él, trascendiéndolo, sino ese rumor de la psique?”<sup>16</sup>

El orden de esa ética sabrá alternar el rumor de la psique, el eterno retorno de la música mental, con el silencio prístino, irrenunciable e inefable, que es la tierra, el aire sobre el que resuenan los “pasos mentales”. Expectante, contemplativa, la razón poética será una razón hambrienta de silencio creativo, compartido, hambrienta de esa “absolución especulativa” que vendrá de la otra historia, que encarnan como una Fata Morgana las utopías, las ciudades de Dios.<sup>17</sup> Pero el principio de esperanza no se engendra en el exterior, en el clamor de la plaza sino allá donde Job escucha al

pájaro, en el bosque o en el desierto, y más precisamente en el nido de esa evasiva ave que es el pensamiento: a saber, en el lenguaje. Si la crítica literaria es una filología del alma, ¿qué sería entonces el nombrar? ¿De qué manifestación u ocultamiento, de qué creación o destrucción podría ser prenda el lenguaje? ¿Qué exigencia vendría junto con el don de la palabra, condenada a ser humo y ruido, si no la acompaña la inocencia adánica o la fe profética? ¿Qué oscuridad ha quedado sepultada y sacrificada en la luz del verbo?

“¿Será pues el sacrificio —se pregunta María Zambrano en *De la aurora*— un origen específico para el nacimiento de la palabra? Y podría ser así si es que la palabra es nacida, y no se trata de una adquisición, de una propiedad lograda por el hombre, de un robo quizá. Y si de sacrificio se tratase habría de ser un sacrificio divino habido ya desde un principio que aún en el olvido sigue actuando. O bien tal vez sea un nacimiento divino que aún comportando sacrificio lo sobrepasa y hasta tal punto, que hace sentir y aun enseñar que en algún lugar, en algún mundo perdido ya, o no habido todavía, este nacimiento divino no conlleve sacrificio alguno, que sea un puro don, una substancia quizá. ¿Por qué no ha de tener la palabra substancia alguna, es más, por qué no ha de ser ella misma substancia, entre todas, la substancia primera en nacer y la última para los mortales a ganar?”<sup>18</sup>

El rigor con que María Zambrano da la cara a estas preguntas que se agitan como serpientes en la cabeza—Medusa asocian su empresa a otras convergentes y afines de la filosofía contemporánea. En torno a estos cráteres donde se disuelve el sentido y la tierra firme de las creencias y supersticiones establecidas por nuestra modernidad (por ejemplo, las clasificaciones positivistas y evolucionistas) se funde el fuego de la unidad inspirada, se edificará de hecho esta filosofía que es también —qué duda cabe— una sabiduría, un arte de vivir conscientemente nuestras sagradas inconsciencias. De ese cuestionario en torno al lenguaje y a su realidad, se desprenderá una fenomenología del nombrar tanto como una experiencia iniciática, gnóstica, de la palabra y por ende de la Ciudad que esta palabra funda.

“El despertar de la palabra”, “La palabra perdida”, “El balbuceo”, “El rumor de la psique”, la raya de la aurora y la raya de la escritura, el nombrar como ocultamiento, el anuncio, la palabra del bosque, la palabra en sueños, signos y semillas —a lo largo de su obra María Zambrano trabaja una teoría y una fenomenología religiosa del lenguaje desde la cual la alianza entre filosofía y poesía, la fusión del conocimiento racional

y del conocimiento visionario, intuitivo, resulta plausible, eficaz.

Creencias legitimadas por la experiencia, elevadas a la segunda potencia por la verdad vivida, representaciones heridas por la revelación, palabras—arco, pensamientos—puente, los de María Zambrano renuevan y plantean a una nueva luz las preguntas en torno a las relaciones entre vida y verdad, biografía y filosofía. Esa recreación, por ejemplo, de San Agustín, como ha recordado J.F. Ortega y Muñoz<sup>19</sup> no la lleva a prescindir de la invención de un lenguaje y de la imaginación de un gramática inspirada, dionisiaca. La ascesis de María Zambrano, su renuncia radical al uso de una razón no marcada por el sacrificio y su renuncia a una razón no dispuesta a pagar el precio del pensamiento originario, le han permitido alzar el corazón hacia la luz, restituirlo a la condición transparente de la metáfora, salvar la forma y la vocación de su pensar, transmutándolo en coordenada filosófica.

## NOTAS

<sup>1</sup> José Luis Almagro en *El pensamiento de María Zambrano. Papeles de Almagro*, Madrid, 1983: “...lo que ha ocurrido es que ha habido una desidia o desinterés por el pensamiento de María Zambrano por parte de sus mismos colegas”, p. 127.

<sup>2</sup> Alejandro Rossi et al: *José Ortega y Gasset*. Fondo de Cultura Económica, México, 1984, p. 15.

<sup>3</sup> Octavio Paz: “María Zambrano (1904–1990)” en *Vuelta* No. 172, México, marzo de 1991, p. 61.

<sup>4</sup> María Zambrano: *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza Tres, Madrid, 1987, p. 11.

<sup>5</sup> María Zambrano: *Delirio y destino*, Editorial Mondadori, Madrid, 1989, p. 135.

<sup>6</sup> María Zambrano: *Hacia un saber sobre el alma*, p. 44.

<sup>7</sup> Ramón Xirau: *Estudios*. ITAM. México, otoño de 1989. No. 1. pp. 130–139.

<sup>8</sup> María Zambrano: *Delirio y destino*, p. 208.

<sup>9</sup> Fernando Savater en *El pensamiento de María Zambrano. Papeles de Almagro*. Textos de FS., J. Moreno. A. Amorós, A. Mari, F. Muñoz, E. Cioran, A. Colinas, J. Castillo, J.L. Aranguren, J.A. Ugalde y “El camino recibido” de María Zambrano. Grupo Editorial Z, Madrid, 1983, p. 13.

<sup>10</sup> José Lezama Lima: *Cartas (1939–1976)*, Orígenes, Madrid, 1979, p. 75.

<sup>11</sup> José Ángel Valente: *Las palabras de la tribu*: “El sueño creador”. Siglo XXI de España, primera edición, Madrid, 1971, p. 243.

<sup>12</sup> Jaime Gil de Biedma. “Piazza del Popolo”, citado en A. Phala. Ed. Assirio & Alvim, Lisboa, 1994. No. 36, monografía consagrada a María Zambrano. Traducción al portugués por José Bento.

<sup>13</sup> Fernando Savater en *El pensamiento de María Zambrano. Papeles de Almagro*, p. 13.

<sup>14</sup> María Zambrano: *Hacia un saber sobre el alma*, p. 190.

<sup>15</sup> María Zambrano: *De la aurora*. Ed. Turner. Madrid, 1986, p. 12.

<sup>16</sup> y 17 op. cit., p. 21.

<sup>17</sup> op. cit., p. 69.

<sup>18</sup> Juan Fernando Ortega y Muñoz: *Introducción al pensamiento de María Zambrano*. Fondo de Cultura Económica, México, 1994, p. 255 y ss. #